



EL BARCO
DE VAPOR

SERIE PABLO DIABLO

La venganza de Pablo Diablo

Francesca Simon

Ilustraciones
de Tony Ross



sm

Primera edición: noviembre de 2002

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Horrid Henry's Revenge*
Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2001
por Orion Children's Books.

© del texto: Francesca Simon, 2001
© de las ilustraciones: Tony Ross, 2001
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Chris Harris,
Wendy Kinnard,
Ben, Sophie y Jessica,
con todo cariño.*

ÍNDICE



1

La venganza de Pablo Diablo, 9

2

Pablo Diablo y el ordenador, 31

3

Pablo Diablo va al trabajo, 49

4

Pablo Diablo y la diabólica mujer
del comedor, 73





.....

LA VENGANZA DE PABLO DIABLO

¡PLAF!

–¡Buuaaaaaaaaaaaaa!

¡PLAF! ¡PLAF! ¡ÑÑÑÑÑÑ!

–¡Maamáaaaaaaa! –chilló Roberto–. ¡Pablo me está pegando!

–¡Mentira!

–¡Verdad! ¡Y además me ha pellizado!

–¡Pablo, deja de incordiar! –dijo su madre.

–¡Ha empezado Roberto! –aulló Pablo.

–¡Mentira! –gimió Roberto–. ¡Ha sido Pablo!

Pablo Diablo dirigió una mirada asesina a Roberto.

Roberto, el niño perfecto, dirigió una mirada asesina a Pablo Diablo.

Su madre siguió escribiendo una carta.

Pablo Diablo arremetió contra Roberto y le agarró del pelo. Se había transformado en una serpiente cobra desenroscándose y lanzando su veneno mortal.

–¡Aaayyyyyyy! –chilló Roberto.

–¡Pablo, ahora mismo a tu cuarto! –gritó su padre–. ¡Se me acabó el aguante por hoy!

–¡Muy bien! –bramó Pablo–. ¡Te odio, Roberto! –chilló mientras subía a su cuarto dando patadones y se encerraba en él con el portazo más sonoro de que fue capaz.

¡No había derecho! A Roberto jamás le mandaban a su cuarto. Y a Pablo le mandaban al suyo tan a menudo que casi era preferible no salir de él. Pablo no podía ni eructar sin que Roberto le complicara la vida.

–¡Mamá! ¡Pablo está tirando los guisantes al suelo!

–¡Papá! ¡Pablo se está guardando caramelos en el bolsillo!

–¡Mamá! ¡Pablo está comiendo sentado en el sofá nuevo!

–¡Papá! ¡Pablo está jugando con el teléfono!

Pablo Diablo estaba hasta la coronilla. Aquel mocoso santurrón, acusica y cararrana, le tenía más que hartos.

Pero la verdad es que no sabía cómo ajustarle las cuentas a Roberto. Había intentado vendérselo como esclavo a Marga Caralarga, pero no creía que Marga volviera a comprarlo. Si al menos supiera hacer conjuros, podría convertir a Roberto en un sapo o un escarabajo o un gusano... ¡Sería fantástico! Cobraría veinte céntimos a todo el que quisiera ver a su hermano-gusano. Y como Roberto-gusano se pasara de la raya una sola vez, lo utilizaría de cebo para pescar. Pablo Diablo sonrió.



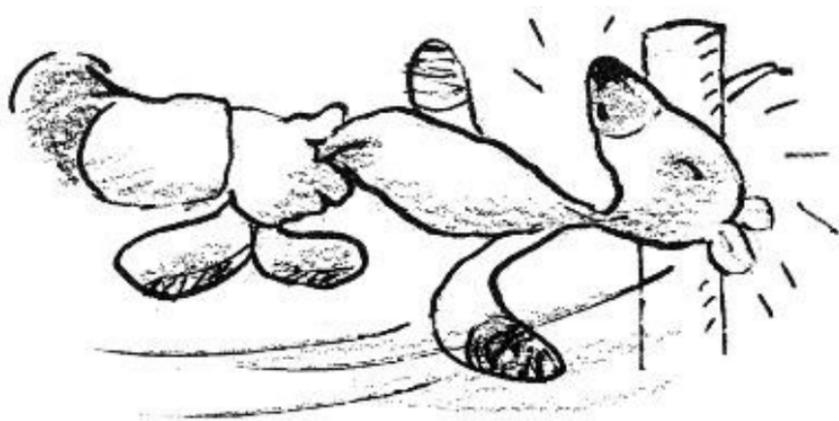
Luego dio un suspiro. Sabía que no tenía más remedio que cargar con Roberto. Pero, aunque no pudiera venderlo ni convertirlo en gusano, sí que podía meterle en un buen lío...

Lo malo era que meter en un lío a Roberto, el niño perfecto, solo parecía fácil en teoría. Roberto nunca hacía nada malo. Además, por alguna extraña razón, no siempre se fiaba de Pablo, y la única forma de meter a Roberto en un lío era engañándole...

Pues bien, aunque le llevara un año entero, Pablo Diablo se prometió que acabaría

diseñando el plan perfecto para meter a Roberto en un buen lío. En un lío muy, muy, MUY gordo. Sería casi tan bueno como convertirlo en gusano.

–¡Me las pagarás, Roberto! –rugió mientras aporreaba una pata de la cama con su osito Don Matón–. ¡Mi venganza será terrible!



–¿Qué estás haciendo, Pablo? –preguntó Roberto.

–Nada –dijo Pablo Diablo, que dejó inmediatamente de escarbar junto al manzano del fondo del jardín y se puso en pie.

–Estás haciendo algo, estoy seguro –dijo Roberto.

–Sea lo que sea, no es asunto tuyo, acúsica –dijo Pablo.

–¿Has encontrado algo? –preguntó Roberto mirando al pie del árbol–. Yo no veo nada.

–Quizá –dijo Pablo–. Pero no te lo pienso decir. Tú no sabes guardar un secreto.

–Sí que sé –dijo Roberto.



–Y eres demasiado pequeño –dijo Pablo.

–No lo soy –dijo Roberto–. Soy ya un chico mayor. Lo dice mamá.

–Bueno, pues peor para ti –dijo Pablo Diablo–. Y ahora lárgate y déjame solo. Tengo algo importante que hacer.

Roberto, el niño perfecto, se alejó unos diez pasos, giró sobre sus talones y se quedó inmóvil observando a Pablo.

Pablo Diablo continuó merodeando en torno al árbol con la mirada clavada fijamente en la hierba. De pronto dio un silbido y se arrodilló.

–¿Qué has encontrado? –preguntó excitado Roberto, el niño perfecto–. ¿Un tesoro?

–Es mucho mejor que un tesoro –dijo Pablo Diablo, recogiendo algo del suelo y escondiéndolo en la mano.

–Anda, enséñamelo –dijo Roberto–. Por favor. ¡Porfaaa!

Pablo Diablo se hizo el pensativo por un momento.

–Si te cuento una cosa, lo que aún está por ver, ¿te comprometes bajo el sagrado juramento de la Mano Negra a no decir nada a nadie?

–Lo juro –dijo Roberto.

–¿Aunque te torturen los extraterrestres?

–¡NO DIRÉ NADA! –graznó Roberto.

Pablo Diablo se llevó un dedo a los labios y, de puntillas, se alejó del árbol hacia su guarida. Roberto le siguió.

–No quiero que ellas se enteren de que te lo he contado –susurró cuando estuvieron bien ocultos por el ramaje–. De lo contrario, desaparecerán.

–¿Quiénes? –musitó Roberto.

–Las hadas –dijo Pablo.

–¿Las hadas? –graznó Roberto, el niño perfecto–. ¿Quieres decir que has visto...?

–¡Chiiisst! –chistó Pablo Diablo–. Si se lo dices a alguien, se irán inmediatamente.

–No lo diré –dijo Roberto, el niño perfecto–. Te lo prometo. ¡Hadas, qué guay!

¡Y en nuestro jardín! ¡Pablo, hadas! Ya verás cuando se lo diga a mi profe.

–¡NO! –gritó Pablo Diablo–. No se lo puedes decir a nadie. Sobre todo a los mayores. Las hadas odian a los mayores. Para ellas, los mayores huelen que apestan.

Roberto, el niño perfecto, se llevó una mano a la boca.

–Lo siento, Pablo –dijo.

Pablo Diablo abrió la mano. Estaba salpicada de puntitos dorados.

–Polvo de hadas –dijo Pablo Diablo.

–Parece purpurina corriente –dijo Roberto, el niño perfecto.

–Pues claro –dijo Pablo Diablo–. ¿De dónde crees tú que sale la purpurina?

–¡Qué guay! –dijo Roberto–. No sabía que la purpurina fuera cosa de las hadas.

–Pues ahora ya lo sabes –dijo Pablo.

–¿Puedo verlas, Pablo? –preguntó Roberto–. ¡Déjame verlas, por favor!

–Solo salen a bailar en plena noche –de-
claró Pablo Diablo.

–¿Después de la hora de acostarme? –pre-
guntó Roberto.

–Pues claro –dijo Pablo–. Medianoche es
la hora de las hadas.

–Vaya –dijo Roberto, y su cara se ensom-
breció.



–Ya te he dicho que eres demasiado pequeño –dijo Pablo.

–Un momento –dijo Roberto, el niño perfecto–. Si no salen hasta la medianoche, ¿cómo es que tú las has visto?

–Porque me he escapado al jardín y me he escondido en la copa del manzano –dijo Pablo Diablo–. Es la única forma.

–Aaah –dijo Roberto–. Mmmm –siguió diciendo–. Oooh –añadió.

–Voy a verlas esta noche –dijo distraídamente Pablo.

–¿Crees que podrías pedirles que vengan antes de las nueve y media? –preguntó Roberto.

–¡Hombre, qué bien! –dijo Pablo–. ¡A ver, hadas! Que mi hermano dice que bailéis para él a las nueve en punto... «Claro que sí, Pablo» –prosiguió, con la voz de hada más aguda que pudo–. ¿Es que no sabes que con las hadas no se habla? Uno tiene que esconderse

en lo alto de un árbol. Si supieran que las he visto, huirían y no volverían jamás.

Aquello era un suplicio para Roberto, el niño perfecto. Quería ver a aquellas hadas más que ninguna otra cosa en el mundo. Pero ¿cómo iba a levantarse de la cama con todas las luces apagadas? ¡Y escaparse al jardín además! ¡La víspera de un día de colegio! Era demasiado.

–No puedo hacerlo –susurró.

Pablo se encogió de hombros.

–Vale, nene. Ya sé que tienes que dormir tus horas.

Roberto detestaba que le llamaran nene. Después de «pañales sucios», era lo peor que Pablo podía llamarle.

–No soy ningún nene.

–Claro que lo eres –dijo Pablo–. Así que vete ya, nene. Pero no me eches a mí la culpa si te pasas el resto de tu vida quejándote de que perdiste la oportunidad de ver a auténticas hadas de carne y hueso.

Pablo Diablo se encaminó hacia la salida de la guarida.

Roberto, el niño perfecto, permaneció sentado en silencio. ¡Hadas! ¿Sería lo bastante valiente y lo bastante malo como para salir de la casa en plena noche?

–No lo hagas –le susurró su ángel de la guarda.



–¡Hazlo! –le rebuznó su demonio tentador, un ser pequeñajo, triste y birrioso que se pasaba la vida aplastado por el ángel dentro de la cabeza de Roberto.



–Iré –dijo Roberto, el niño perfecto.

«¡BIEEEN!», pensó Pablo Diablo.

–Vale –dijo.

Tip-tap, tip-tap, tip-tap.

Pablo Diablo bajó de puntillas las escaleras. Roberto, el niño perfecto, le seguía.

Pablo abrió sigilosamente la puerta trasera y se deslizó fuera de la casa. Llevaba una pequeña linterna.

–¡Qué oscuro está! –dijo Roberto mirando hacia las sombras del fondo del jardín.

–¡Silencio! –susurró Pablo–. Sígueme.

Se arrastraron por el césped hasta el manzano.

Roberto, el niño perfecto, dirigió la mirada a las espectrales ramas del árbol.

–Es demasiado alto para que yo suba –se excusó.

–No es verdad. Yo te echaré una mano –dijo Pablo Diablo.

Agarró a Roberto por las piernas y le empujó hacia arriba.

Roberto se aferró a la rama más baja y empezó a trepar.

–Más alto –dijo Pablo–. Sube lo más alto que puedas.

Y Roberto trepó. Y trepó. Y trepó.

–Ya he subido bastante –murmuró Roberto, el niño perfecto. Se aseguró bien en una rama alta y miró cautelosamente hacia abajo–. No veo nada –susurró.

No hubo respuesta.

–¿Pablo? –dijo Roberto–. ¡Pablo! –repitió en voz más alta.



Tampoco hubo respuesta. Roberto, el niño perfecto, escrutó la oscuridad. ¿Dónde se habría metido Pablo? ¿Lo habrían secuestrado las hadas?

Entonces, Roberto vio algo espantoso.
¡Su hermano corría a todo gas hacia la casa!

Roberto, el niño perfecto, no lo podía entender. ¿Por qué no se quedaba Pablo a esperar a las hadas? ¿Por qué le había dejado solo?

Y de pronto comprendió la terrible verdad. Su traicionero hermano le había tendido una trampa.

–Ya verás... Voy a hacer que te la cargues... Voy a... Voy a... –graznó Roberto, el niño perfecto. Y enseguida se calló. Sus piernas eran demasiado cortas para alcanzar la rama más baja.

Roberto no podía bajarse del árbol. Estaba atrapado en la copa de un manzano, completamente solo y en plena noche. Tenía tres posibilidades. Podía esperar a que Pablo volviera y le ayudara... No, ni soñarlo. Podía dormir toda la noche en aquel manzano húmedo, frío, fantasmal y horripilante. O podía...

–¡MAMÁAAAAAAAAA! –chilló Roberto–.
¡PAPÁAAAAAAAAA!